

Querido abuelo:

Esta carta es mi manera de hacerte llegar todo lo que siento, de poder despedirme con serenidad, pero sobre todo es una carta de amor a ti, a y a todo lo que representas. Te imagino leyéndome, sonriendo al escuchar mi voz en la lectura y doblando con mimo la carta al terminar, con ese cuidado que ponen tus manos en todo lo que tocan.

Para mí has sido como un roble bien adherido a la tierra por sus raíces, el mástil del barco que se mantenía orgulloso ante la tormenta, nosotros tus ramas, nosotros tus velas. Eres tan fuerte que estaba convencida de que pronto estarías de nuevo en tu casa y en tu huerto, con tus amorosas manos arreglando algún cachivache. Que miedo pasé abuelo, por ti, pero siendo honesta sobre todo por mí.

Durante esos meses cada una de nosotros te rezaba a su manera, la abuela en silencio llevándose a los labios la estampita del Cristo de la Salud. Mamá afanándose en su quehacer diario, buscando en la actividad frenética el descanso a esa incertidumbre tan dolorosa de tenerte enfermo. Más de una vez la vi llorar fregando los platos, más de una noche derrumbada frente al ordenador.

Y yo abuelo, te pensaba a cada minuto, repasando todos nuestros recuerdos hilándolos como si fueran una manta cálida con la que cubrirme, un escudo contra ese dolor que, a mí como a ti, me dejaba sin aire.

Nuestras conversaciones en el balcón fumando a escondidas mientras la casa dormía, el ruido de las monedas en tu bolsillo, la forma en que cortabas los tomates, el olor a Brumel en el descansillo, la maqueta del avión que tardamos dos años en montar y que la abuela derribó en una sola tarde y con tan solo un plumero, mi espanto y tus carcajadas...

Todos esos días, era a ti, y lo que representas a lo que nos encomendábamos.

A ti, que viviste peleando con las dificultades de la vida. Desde niño trabajando en el campo, yendo a la escuela tan solo en los meses de invierno, pero a pesar de eso consiguiendo con tesón formarte lo suficiente como para aprobar el examen de ingreso en aquella fábrica que sería el sustento de sus hijos. A ti que echando más horas que un reloj y privándote de ver como crecían las flores de tu casa, pudiste juntar lo necesario para darles la mejor educación, pero, sobre todo, hacerlas libres al poder elegir. A ti, que arrastrando esa mala salud de hierro llegaste a jubilarte y

- ALGAZARA -

cruzaste por primera vez nuestras fronteras con la tarjeta del Inmerso, pero haciendo las maletas con la alegría luminosa de los adolescentes.

Has sido un luchador incansable, y lo has demostrado hasta el último de tus minutos. Tu ejemplo es inabarcable, como lo es mi amor por ti. Estarás siempre abuelo, seguiré escuchando tu voz y tus consejos porque hay uniones que ni la muerte puede romper.

Te quiere, tu nieta.....

- ALCAZARA -

**'Lucera'**, por *Platero*

Querida 'Lucera' mía:

hoy me ha dado por pensar en la primera vez que te vi. Sí, digo bien, la primera vez que yo te vi, porque tú a mí me tenías 'calado' ya desde aquella esquina en la que trabajabas sin necesidad siquiera de dirigirme la mirada. Ni falta que hacía, como luego comprendí.

Siempre estabas allí, día tras día, semana tras semana, fiel a tu esquina, pese a la lluvia, pese a esa nieve tan blanca como tu piel o al abrasador sol del mes de agosto, que convertía aquel cruce de calles en un particular horno al aire libre. Jamás faltaste a tu esquina, desde la que ayudabas a la gente a soñar con los ojos despiertos, sintiendo el amanecer en tus párpados e iluminando con tu sonrisa, blanca también, el anochecer cuando te marchabas.

Y un día, sin saber cómo pero sí por qué, saqué el arrojo necesario para dirigirme a ti. Y, ante mi torpe y tímido acercamiento, sonreíste con esa sonrisa radiante de cada anochecer, esa sonrisa que parecía el mejor de los arcoíris en la peor de las tormentas. Y supe que siempre encontraría cobijo en ti, porque eras toda calma y sosiego.

Pasó el tiempo, nos fuimos conociendo y vi que mi destino eras tú, que mi futuro era contigo. Iba buscando un golpe de suerte cuando me acerqué a aquella esquina y me tocó el mayor de los premios. Tuve que convencerte para que dejaras atrás ciertos prejuicios propios de esta sociedad ciega. Intuías mil pegas donde yo solo veía amor incondicional y entrega, y apelabas a lo que entendías como razones prácticas, pero yo la única razón

que entendía era la del latido acelerado de mi corazón cuando estaba cerca de ti. El pragmatismo solo lo hacía dejar de latir.

Así que te hice comprender que para mí lo más importante era que nos volviéramos a ver una y otra vez, aunque tú nunca pudieras hacerlo y, cuando me dijiste que sentías lo mismo, que nuestras almas estaban destinadas a fundirse, bajo esa nieve blanca o ese sol abrasador, fui yo el que abrí los ojos como las compuertas de un embalse a punto de rebosar para verlo todo como nunca imaginé. Para sentir la felicidad.

Y ahora nos reímos juntos con complicidad infinita cuando te llamo 'Lucera', y tú tarareas eso de "Que nada te ciegue, a menos que sea otra mirada", de esa canción que tanto te gusta. Porque siempre supiste que tu mirada, sin ver, me cegó, con esos ojos tan cristalinos como el río en su descenso por la montaña cubierta de nieve blanca como tu sonrisa.

Y ahora 'Lucera' mía, justo en el momento de nuestro quinto aniversario desde que miramos juntos un futuro compartido, recibimos la mejor de las noticias. Que, juntos, vamos a aportar un rayo de luz a este mundo a veces sombrío. Un rayo deslumbrante que nos va a hacer derramar lágrimas de felicidad de tus ojos cristalinos que, aun sin ver, sienten todo, y de los míos, verdes como la esperanza. Un rayo de vida que nos ha demostrado, otra vez, que las cosas más importantes no se ven, se sienten.

Te quiero, 'Lucera'. Vamos a ser los mejores padres del mundo.

PD: me ha encantado leerte esta carta con estos ojos que ya son los tuyos y compartir de nuevo unas lágrimas de felicidad conjunta.



Te confieso que cuando me propuse escribirte esta carta, tenía mucho miedo de como podía sentirme. No sé ni por donde empezar porque es tanto lo que quisiera escribirte que me faltaría papel para ello.

Cuando nos conocimos, vi en ti una persona muy especial y leal. Me transmitiste mucha confianza y, poco a poco, se fue formando nuestra amistad.

En ese momento, tu vida era complicada. Era como si estuvieses escalando una montaña y la subida cada vez fuese mucho más empinada, pero tú, con tu sonrisa y positividad, me ibas iluminando y transmitiendo tu fuerza y entereza.

Juntas hicimos un buen equipo y vivimos momentos especiales que nunca olvidaré. Siempre tuviste ganas de seguir adelante, aun con lo mal que se ponía tu enfermedad. Pero miraste hacia otro lado y plantando cara a la vida, como siempre lo hiciste, decidiste disfrutar cada segundo de ella.

Me paso los días recordando todos los momentos bellos que tuve cuando estuviste a mi lado, las prácticas que teníamos todas las tardes que nos veíamos y como solíamos reír. Me divertía mucho conversando contigo. Ahora ya, no tendré la oportunidad de revivir ninguno de esos momentos. Se me encoje el corazón solamente de pensarlo y, por ello, atesoro tanto los días que pasé junto a ti.

Que grande has sido amiga. Como entendiste la vida para caminar hacia delante, sí, porque tu vida no ha sido fácil, todo lo contrario. Tuviste que batallar muchas dificultades en tu trayecto, no fueron pocas, y mucho menos fáciles, pero siempre supiste luchar como una guerrera.

Con que naturalidad me contaste el nacimiento de tu primer hijo, de que manera, como madre, asumiste su discapacidad con amor, entrega, esfuerzo y todo lo necesario para que él fuera feliz. Junto con todos estos ingredientes, formaste una hermosa familia, de la que tan orgullosa te sentías.

Cuantas noches me he despertado pensando en ti. Solía ponerme en tu lugar y te imaginaba afligida, triste, llorando en silencio, como cualquier persona que siente que su vida se va apagando. Tu cuerpo ya no obedecía a ningún tratamiento y esto era horroroso, inhumano. No te lo merecías.

Siempre intenté darte lo mejor de mí, procuré apoyarte siempre que lo necesitabas y solía cogerte la mano y apretarte fuerte para transmitirte todo mi optimismo y esperanza. No podía permitir que te hundieras, pues había que luchar aunque los hechos fueran desalentadores.

En que mal momento llegó este maldito virus. Cuantas cosas nos arrebató, como abrazos, besos, y lo más importante, el no poder estar a tu lado cuando más me necesitaste. Al escucharte, notaba que seguías empeorando, tu voz era cada vez más débil, cansada, pero aún, no se de que manera, pudiste transmitirme de una manera tan serena: *"Me quedan dos meses de vida. No te preocupes, no me voy a marchar a ningún lugar, esto no puede conmigo"*. Me dejaste atónita, sin habla y mi cuerpo parecía que se iba a desplomar. Lo único que fui capaz de decirte fue *"Esto no puede ser, es mentira, se han equivocado"*.

Ahora, con lágrimas en los ojos, vuelvo a recordar el último día que pasé a tu lado. Fue en tu casa, una tarde dura, muy dura. Te noté tranquila, serena, con ganas de charlar, pero tus ojos, cada vez que los miraba, estaban apagados, ya no lucían. Cuando me marché y dejé la puerta detrás de mí, sabía que era la última vez que iba a

disfrutar de tu compañía. Aquí, ya tenía que ser realista y pedí que fueses más fuerte que nunca para afrontar los últimos momentos de tu vida. Miré hacia arriba y apretando las manos, deseé con todas mis fuerzas que todo acabara cuanto antes, que el sufrimiento fuese mínimo y te marcharas en paz, para que, de una vez por todas, pudieses descansar.

Solo falta decirte: GRACIAS. Gracias por lo que aprendí a tu lado, por los buenos y malos ratos que vivimos, por la gran huella que has dejado en mi y, sobre todo, por esas bonitas palabras que en un hilo de voz sonaron a despedida "*Eres una buena amiga. Te quiero mucho*". Siempre las llevaré en mi corazón.

Buen viaje amiga.

Por la hermosa mujer que fuiste. Siempre estarás en mi memoria.

Te extrañaré eternamente.

Te quiero.

SIEMPRE 26